

talento y la madurez de su juicio la experiencia que le faltaba. Su plan para conservar la paz, tanto dentro como fuera, fué tener siempre un ejército bien mantenido, bien disciplinado, y una marina floreciente; y de este modo, dispuesto siempre á hacer guerra si se veía precisado á ello, supo engañar á sus enemigos, y hacerse respetable á sus vasallos. Con un gobierno tan prudente y tan sólido llegó la Inglaterra al mayor auge, y los pueblos fueron felices. Esta tranquilidad duró hasta la muerte de Eduardo II. dicho el Mártir, príncipe jóven de las mayores esperanzas, á quien el odio de una madrastra hizo perecer á manos de un asesino; delito que para la Inglaterra fué nuevo manantial de desgracias.

En el Norte de la Europa empezaban á unirse por intereses políticos con los otros estados las potencias que se habian formado allí. La Dinamarca, plantel inagotable de guerreros que habian destruido la Francia y conquistado la Inglaterra, era sucesivamente enemiga y aliada de los emperadores de Alemania; los rusos llevaban sus armas hasta el centro del imperio griego; los suecos, que pretenden la antigüedad sobre todos los pueblos de la Europa, no se ocupaban todavía mas que en disputar entre sí selvas, lagos y llanuras heladas: los polacos, no menos bárbaros que sus vecinos, ni conociendo otro ejercicio que el de la guerra, volvian sus armas, ya contra las naciones circunvecinas, ya contra sí mismos. Todos estos pueblos tenían sus soberanos; pero la cronología de estos príncipes es tan obscura como árida su historia. La serie de ellos la daremos en la tabla sincrónica siguiendo los números mas ciertos, empezando desde este siglo, porque entonces fué quando la sociedad christiana se formó en estos climas, ó tomó en ellos una consistencia que aun no habia tenido, por los trabajos de los misioneros, y la proteccion de los soberanos.

#### ARTICULO IV.

*Estado del entendimiento humano por lo respectivo á las ciencias, letras y artes.*

**T**odavía no habian sido tan densas las tinieblas de la ignorancia, ni extendíose tan generalmente por toda la

tierra, como lo fueron en el siglo décimo, hez de los siglos, así respecto de las letras, como respecto de las costumbres. No exceptuamos tampoco el Oriente, en donde las ciencias y artes tenían aun algun lustre, porque el mal gusto, la inclinacion á lo maravilloso, y el menosprecio de los buenos modelos que ya no se estudiaron, ó que se desdénaron de imitar, causaron tanto perjuicio á la razon y á los buenos estudios, como lo causó la barbarie en lo restante del mundo. Es verdad que Leon el Filósofo, y Constantino IX. eran sabios, amaban las letras, hacian obras, y derramaban sus beneficios sobre los talentos; mas con todo no produjo nada la pluma de los griegos baxo su proteccion, que haya merecido elogios á la posteridad. En sus escritos no se ve ni eleccion de pensamientos, ni naturalidad, ni gracia; todo es violento, afectado, inverosímil. El estilo mismo que se gloriaban los literatos griegos de haber heroseado y perfeccionado, está lleno de afectacion, de agudezas, de equívocos, y cargado de adornos fuera de su lugar. Todo esto no indica otra cosa que unas imagines vivas, pero poco arregladas, un entendimiento sin discrecion, el defecto de no saber jamas tomar el tono y carácter del asunto que se trata, en una palabra la entera decadencia del gusto: de lo que es una prueba clara la historia universal de Eutichio, patriarca de Alexandria, y todavía mas, las vidas de los santos de Simeon Metafraste.

Las artes que dependen del mecanismo y de la industria se cultivaban en Constantinopla con mas acierto que aquellas cuya perfeccion consiste particularmente en el genio y talento para inventar, guiados de un gusto seguro y delicado. Qué profundo conocimiento de muelles y movimientos no tendria aquel mecánico, que reynando Romano Lecapeno hizo una mano de cobre para un embustero famoso por el nombre de Constantino Ducas que se tomaba, y por el crecido número de parciales que le seguian? Esta mano artificial substituida á la que el emperador le habia hecho cortar, suplía su pérdida con su libertad, su agilidad y su flexibilidad. Qué habilidad, qué delicadeza de trabajo, qué estudio de las fuerzas motrices, y qué talento para hacer flexibles los metales, no supone tal obra en el artista que la inventa y que la executa? Las otras artes de puro gusto y luxo, como la pintura, es-

cultura, platería, bordado, fábrica de ricas telas, corte y grabado de piedras preciosas, producian obras, que el fausto y la vanidad adquirian á gran precio. En una ciudad inmensa y dada á los placeres como Constantinopla, en donde se hallan reunidas todas las riquezas, no es muy extraño ver esta especie de artes, fecundadas por la opulencia, producir prodigios, entre tanto que todo lo demas está esteril, y va desfalleciendo.

Los sarracenos en medio de sus guerras intestinas prosiguieron entregándose al estudio de las ciencias, que se habian connaturalizado entre ellos desde que habian salido de la ignorancia y la barbarie. Tenian matemáticos, astrónomos, médicos, poetas y filósofos. Entre estos últimos Avicena, que á la filosofía y medicina juntaba el estudio de las buenas letras, empezó á fines de este siglo á ganar el crédito, que fué todavía mayor en el siguiente. Vivió en la corte, y llegó al primer empleo del estado, que es el de visir ó primer ministro y presidente de los consejos. Solo este exemplo prueba quán honrados eran por los califas de Oriente los talentos y la sabiduría.

Los de Occidente (que así se pueden llamar los soberanos musulmanes de España) no favorecian ménos á las ciencias y artes. Su corte abrazaba lo mas exquisito que en todo género tienen el luxo y la delicadeza. La magnificencia y el gusto brillaban en todo su esplendor. Fomentaban los estudios, y sobre todo los de las matemáticas y de la medicina, que no se separaban entónces de la química y de la bótánica. Los médicos moros eran los mas famosos de la Europa. Don Sancho I. rey de Leon, acometido de una hidropesia, de la que desesperaba que pudiese curar, pasó á Córdoba á buscar socorro, á pesar de las razones de política y de religion, que debian causarle desconfianza. Abderramen III. que reynaba entónces, le dió sus médicos, y los remedios que le hicieron tomar lo restablecieron en poco tiempo. Tambien tenian poetas, cuyas composiciones ya amotadas y divertidas, y ya serias y morales, fino carecian de invencion ni de elegancia. Asimismo se les atribuyen historias alegóricas, llenas de aventuras extraordinarias, que inventaban los autores de esta especie de obras para dar lecciones de galantería y heroísmo; siendo de aquí tal vez

de donde tomaron los primeros romanceros franceses la idea de sus ficciones; así como es muy probable que las canciones y poesías árabes sirviesen de modelo á las que los trovadores iban á cantar y recitar en los castillos en donde tenian su corte los señores franceses.

Muchas causas juntas concurren á la decadencia de las letras, y al progreso de la barbarie en Francia, en Inglaterra, y en lo restante de la Europa á fin del siglo antecedente, y en todo el discurso de este. Contemos por la primera los estragos de los normandos, á quienes la esperanza del botin hacia echarse sobre los monasterios é iglesias. Estas eran las escuelas públicas de la nacion, y los asilos de la literatura, adonde se habian refugiado las ciencias divinas y humanas. Saqueados estos asilos, asesinados ó esparrados los que los habitaban, entregados á las llamas, ó destruidos de otro modo los libros en que consistia su principal riqueza, no quedó ya á las letras ningun santuario adonde pudiesen refugiarse, ni á los hombres estudiosos medios para cultivar sus luces, y adquirir otras nuevas.

La segunda causa del estado miserable á que vinieron las ciencias, se deduce de la debilidad del gobierno, y de la tiranía de los señores que levantaron su poder sobre las ruinas de la autoridad real. Como las ciencias y los que las cultivan necesitan de proteccion y de quietud, siempre que se les oprima ó se les perturbe en el laborioso retiro, que es sus delicias, se ven muy pronto desaparecer, abandonar su albergue, y ceder el lugar á la ignorancia. No se podia esperar otra cosa de aquellas guerras civiles, que la rebelion y la independencia encendian por todas partes; de aquella division del poder supremo, que partiéndose infinitamente, no tenían arbitrio las manos que se habian apoderado de él, mas que para dañar, y hacer mal sin temor de castigo, de aquellos pelotones de hombres armados que corrían los campos para saquear, quemar, d-gollar todo quanto tenia la desgracia de encontrarse al paso. ¿Cómo era posible, pues, entregarse á los trabajos pacíficos del estudio viviendo en medio de un pueblo incapaz de apreciarlos, y baxo el dominio de unos príncipes que no pueden defenderse á sí mismos? Entónces viendo que la guerra es el único medio de adquirir gloria, y que solo en el ataque hay seguridad, toma to-

do el mundo las armas, y se hace agresor, ó se asalaria con los que lo son.

La tercera causa de la ignorancia general fueron los desórdenes de toda especie que reynaron en estos infelices tiempos, y sobre todo los que deshonran á la Iglesia, de los quales hablaremos mas por extenso en el artículo de las costumbres. Baste decir aquí que todos los vicios de los legos, y otros mas que ellos no conocian, se habian introducido en el santuario y en los retiros, consagrados en otro tiempo á la oracion, al silencio y al exercicio de las virtudes mas sublimes. Los clérigos y monges entregados al mundo, á la disipacion, á los desórdenes mas escandalosos, no eran á propósito para el estudio; y por otro lado los obispos y abades simoniacos, corrompidos, orgullosos, desaplicados, amantes de la guerra y de la caza, manteniendo crecido número de caballos y de perros, casi no se ocupaban en fomentar el gusto de las ciencias en sus inferiores, y mucho ménos en suministrarles los medios de aplicarse á ellas con utilidad.

Finalmente, la última causa que produjo el entorpecimiento de los entendimientos, y el abandono casi total de los estudios, fué la opinion de acabarse el mundo á fin del siglo décimo; opinion que se esparció entónces por Europa, sin que sepamos de cierto sobre qué fundamento, y que acreditada por el interes, adoptada por la credulidad, destruyó toda emulacion, todo anhelo por adquirir fama, y por hacer llegar su nombre á una posteridad que no habia de existir. Con este motivo no será fuera de propósito advertir una contradiccion de aquellas en que los hombres incurren muy á menudo. La guerra en que se vivia, la licencia y ferocidad, que eran conseqüencias de ella, ocasionaban el olvido de todas las obligaciones, sofocaban los remordimientos de la conciencia, y hacian perder de vista las verdades de la otra vida, entre tanto que todos estaban convencidos de que el mundo iba á acabarse, y de que Dios habia de venir pronto á exercer sus venganzas. Hacíase poco caso de los estudios por la idea en que estaban de que todos los monumentos de las ciencias y artes habian de ser destruidos muy pronto, y no habia de haber nadie que recompensase con su estimacion los trabajos de los literatos, ni se aprovechase de ellos; y sin embargo, se ardia la Europa, se violaban todas las leyes,

se daba rienda á todos los delitos para adquirir posesiones, amontonar riquezas, y gozar libremente de lo usurpado.

De la concurrencia de todas estas causas de ignorancia, de su influencia en todas las clases, resultó un disgusto, un desprecio casi universal de todo lo que no tiene otro objeto que ilustrar el entendimiento, perfeccionar las facultades del alma por el medio del discurso, la meditacion y el trabajo, exercitar la razon, y extender sus luces. Los grandes no sabian leer ni escribir; y aun era prerogativa de la nobleza el no saber firmar las escrituras hechas en su nombre, reconociéndose á un caballero en esta ignorancia absoluta, de que se hacia alarde. Los negocios públicos, y las leyes (porque no podemos separarnos de ellas aun en los tiempos en que tienen ménos vigor) estaban abandonadas á los clérigos y monges, entre los quales habia aun algunos que pasaban por instruidos en comparacion de los demas: ellos eran los que extendian el corto número de escrituras que se tomaban el trabajo de escribir, porque las cosas llegaron á tal estado, que muchas veces fué preciso atenerse á los convenios verbales de que eran testigos los obispos ú otros eclesiásticos constituidos en dignidad; y la pereza adoptó este uso. Los clérigos juzgaban tambien los pleytos, y decidian entre los ciudadanos que tenian intereses que arreglar, quando estos, cosa poco comun entónces, preferian un juicio ó un arbitrio al medio mas corto y mas análogo con las costumbres dominantes de dar fin ellos mismos á sus disputas por medio del combate ó de la prueba. Los clérigos eran tambien quien exercian la medicina, reducida á unas prácticas ciegas, y á un empirismo grosero.

De todo lo dicho no se ha de inferir que el clero se compusiese de sugetos instruidos, y que la luz desterrada de todas las demas profesiones, se hubiese reconcentrado entre los sugetos consagrados á los altares, como se ha visto en algunos de los siglos antecedentes. No por cierto, sino que la mayor parte eran tan ignorantes como viciosos, habiendo no pocos que ignoraban el credo y el padre nuestro, pues casi á esto reducian los concilios la instruccion de que era preciso asegurarse por medio de un examen, que habia de preceder á la recepcion de las órdenes sagradas. Qué instruccion era la que podian dar á los pueblos semejantes ministros? Qué ignorancia de las ver-

dades mas esenciales de la religion no era preciso que reynase en las porciones del rebaño de Jesu-christo confiadas á unos pastores, que tan poco conocimiento tenían de los principios y máximas de esta misma religion que habian debido enseñar?

La teología habia participado todavía mas que las otras ciencias de la decadencia de los estudios y del entorpecimiento de los entendimientos. Los mas no estudiaban, y los otros estudiaban mal. Mezclábanse ideas falsas, y aun muchas veces absurdas con las nociones imperfectas de los dogmas y de las verdades morales. Representábanse á Dios baxo formas sensibles y corpóreas: dábanse de los atributos y pasiones del hombre, y se le pintaba en las instrucciones y escritos conforme á las imágenes que de él se habian formado; y este antropomorfismo grosero que los sacerdotes habian adoptado, hubo menester ser combatido por los doctores de este siglo, como lo vemos en las obras de Rotario obispo de Verona. Los oradores christianos, si así se pueden llamar los que predicaban el evangelio en un latin bárbaro, ó en la lengua del pueblo mas bárbaro todavía, los oradores christianos no sabian otros medios de llamar la atencion de sus oyentes; y de conmover sus conciencias, que presentar á su imaginacion pinturas terribles del infierno, tomando sus imágenes de todo lo mas horroroso y mas capaz de aterrorizar que tiene la naturaleza, como monstruos hambrientos, culebras de un tamaño enorme, diablos baxo las formas mas extravagantes y mas horribles. En todo esto mezclaban historias de reprobados que habian venido á dar cuenta á los hombres de lo que padecian en esta mansion de tormentos; apariciones de espíritus malignos que causaban terribles estragos; revelaciones hechas á unos solitarios sobre la condenacion de los que habian perseverado en el mal hasta la muerte, menospreciando los avisos y amenazas de que se habia usado para convertirlos. Tal era el fondo de las exhortaciones que se hacian al pueblo, y no es extraño que llenos de estos objetos unos hombres groseros, cuya imaginacion estaba en sumo grado alterada, se figurasen que se acercaba ya el fin del mundo, y el juicio universal. La lengua latina llevada á las Galias por los romanos, pero alterada sucesivamente con la mezcla de tantos idiomas bárbaros, se habia hecho desconocida en la boca y en

la pluma de los que todavía hacian uso de ella. El pueblo casi ya no la entendia: los príncipes, como Luis de Ultramar; los mismos obispos, como Aimon de Verdun, no sabian hablarla, aunque siempre era la lengua de la liturgia, de la teología y de los cánones. Estando este Aimon en el concilio de Muson, congregado el año 994, no pudo explicarse sino en lengua vulgar, que era una mezcla de latin, de tudesco y de otras xergas recogidas sin regla y sin gramática. Los trovadores y cancioneros se valieron de ella para componer sus canciones, fábulas é historietas. Llamósele lengua romance, de donde ha venido el continuar llamándose romances las narraciones exóticas, cuyo asunto lo da la galanteria, y cuyas circunstancias se expresan por medio de las ficciones. Aunque las tinieblas de la ignorancia fuesen mas densas de lo que se puede imaginar, y que los entendimientos hubiesen perdido absolutamente toda fuerza, toda energia, quedaban aun algunos en los establecimientos hechos en favor de las letras en los siglos antecedentes. Formáronse asimismo otros nuevos por la diligencia de los santos personajes que emprendieron la reforma de los monasterios y del clero. Así, pues, hubo todavía escuelas en París, en Auxerre, en Leon, en Cluni, en Dijon, en Fleuri sobre el Loire, en san Denisio, en Luxevil, en Reims y en otras partes. En ellas se leian los autores antiguos, y los que tenían valor para entregarse al estudio, á pesar de tantos obstáculos y dificultades capaces de disgustarlos, se aplicaban á oír y á extractar las obras buenas de la antigüedad sagrada y profana; pero en la composicion se contentaban con recopilar casi siempre sin orden y sin gusto lo que se habia escrito en los tiempos anteriores, y no habia ni ingenio ni método para trabajar por sí solo. El estilo era incorrecto, duro, vicioso en la construcción, bárbaro en un crecido número de voces, y tan difuso, tan mal apropiado á los asuntos, que es difícil resistir por algunas horas la lectura de algo de lo ménos malo que han escrito los literatos de este siglo. Las ciencias exáctas y naturales, como la geometría, la astronomía y la física, estaban todavía mas abandonadas que todas las demás. El exemplo de los árabes de España que las cultivaban con tanta felicidad, no sacó á lo restante del Occidente de su indiferencia en este punto.

Las negociaciones y embaxadas hacian tener por necesidad frecuente comunicacion con ellos; pero se contentaban con la discusion de los intereses políticos, imitaban su luxo, sus cançiones, sus novelas, y no hacian caso de tomar de ellos lo mejor que tenian. La supersticion fué quizá también obstáculo para este género de estudio. Sábese muy bien que Gerberto, arzobispo de Reims, despues de Ravena, y por último papa con el nombre de Silvestre II., fué sospechoso al pueblo en punto de magia, porque se habia hecho hábil en las matemáticas y en las ciencias abstractas (a). La ignorancia, que daba acogida ansiosamente á todos los prodigios falsos con que se alimentaba la credulidad, atribuía á la intervencion de los espíritus infernales todo lo que la maravillaba.

En la historia del siglo undécimo volveremos á tomar el hilo de estas reflexiones.

#### ARTICULO V.

#### *Estado del christianismo en todas las comarcas del mundo en el siglo décimo*

La iglesia de Oriente, como es bien sabido, habia padecido turbaciones en los últimos años del siglo nono, y en los primeros de este, con motivo del quarto matrimonio del emperador Leon el Filósofo con Zoe, muger célebre por su talento y hermosura. Estas turbaciones no las habia podido sosegar ni el llamamiento del patriarca Nicolas, ni el destierro de Eutichio, á quien el resentimiento de Leon habia hecho poner en su lugar en la silla de Constantinopla; pero al fin la paz se restableció, y las leyes canónicas se volvieron á poner en vigor por el concilio que se celebró en Constantinopla el año 920 baxo la autoridad del emperador romano Lecapeno, compañero de Constantino Porfirogeneto. En él se trabajó, no sin fruto, en la reunion de los prelados y de los clérigos, que se habian dividido entre los dos patriarcas Nicolas y Eutichio, y ademas se hizo un decreto que prescribia absolutamente las quartas nupcias conforme á la disciplina que siempre habia seguido la iglesia de Oriente; se permitian

(a) Las estudió en España, adonde vino con licencia de su abad.

las terceras en ciertos casos, y con ciertas condiciones, pero imponiendo penitencia de muchos años á los que las contraxesen; y por último, las segundas y aun las primeras estaban sujetas á algunas penas canónicas, siempre que hubiese precedido raptó ó incontinencia. Otro escándalo de mayor afliccion todavia para la Iglesia se siguió casi inmediatamente á este. Muerto el patriarca Esteban, sucesor de Nicolas, Romano Lecapeno, que disponia de todo entre tanto que Constantino su compañero pasaba la vida lejos de los negocios, en medio de los libros y de los sabios, destinó esta primera dignidad de la iglesia de Oriente para Teofilacto uno de sus hijos. Pero como este príncipe era demasiado jóven todavia para ser condecorado con ella, y hacer sus funciones; para ordenar las cosas segun las ideas del emperador, consintió un morge llamado Trifon en dexarse ordenar, y en ocupar la silla patriarcal por una especie de interinidad, hasta que el jóven príncipe hubiese cumplida la edad prevenida por los cánones. Esta disposicion, ramo de simonía, llamada confidencia, y una de las mas pecaminosas, es el primer exemplar que se halla de semejante abuso en la historia. Al cabo de tres años se retiró Trifon á su monasterio, y ordenado solamente Teofilacto, subió á la silla de Constantinopla, en la que se portó como correspondia á una entrada tan poco canónica. Vivió en el fausto y desorden, no bastando apenas para sus locos gastos las rentas de la Iglesia, y las cantidades que sacaba de la venta de los obispados, y de las otras dignidades eclesiásticas. A una pasion desordenada por la caza, juntaba la inclinacion á todos los demas placeres, no omitiendo ningun medio para satisfacerlos, y extendiendo la licencia hasta tratar indeciblemente las funciones mas augustas del sagrado ministerio, y hasta violar todo el decoro propio de su gerarquía. La iglesia de Constantinopla tuvo el sentimiento de ver á este indigno pastor ocupar 23 años una silla que tantos hombres insignes habian honrado con sus virtudes y talento.

Hémonos extendido algo mas sobre lo concerniente á la promocion y porte de este patriarca, para dar en solo este exemplo una idea de los males que desolaban á las mas de las iglesias de Oriente; pero habia otros aun no ménos sensibles para aquellos que conservaban una inclinacion tierna, y un zelo justo por los intereses de la fe.